

en tristezas y en ternuras
medité por largo tiempo.

Desde entonces, cuando llega
á mis oídos el eco
de la noticia que anuncia
alguna crisis, me alegro,
porque digo: «¡Pobre abuela!
¡Lo que estará recogiendo
para rosas! ¡Cuántas rosas
va á tener el pobre nieto!»



POR LA BANDERA.



AMOR bendito de la patria! En todos los corazones vives. Tú penetras en el cerrado corazón más duro como la luz del sol esplendorosa en el repliegue del abierto abismo.

En el triste desierto y en Argelia, delante de los picos y gargantas del Atlas imponente, ya pasados los días del feroz cuarenta y ocho, los insurrectos del terrible Junio, culpables ¡ay! pero también franceses, en los rudos azares del trabajo expían sus desgracias y dolores, guardados por algunos centinelas..... también franceses. En aquellos grupos forman el orador impetuoso, el utopista cándido y sincero, el envidioso, eterno desterrado de los placeres de la vida, el pobre

trabajador vencido por sus males....
 y todos sueñan con futuros días
 y quebrantan durísimos terrones.
 Era bueno el lugar para presidio.
 Por un lado se extiende gran desierto
 y por el otro larga cordillera.
 Algunos arbolillos se destacan
 sobre tierra, muy secos y muy pocos;
 é insufrible prisión que por la noche
 á todos, centinelas y forzados,
 encerrará, sobre cercana loma
 un reducto se ve. Sus dos cañones
 brillan amenazando tras sus muros;
 guarda en sus cuevas numerosas armas
 y en asta vigorosa tiende al aire
 una bandera tricolor que ondula
 en el azul del infinito cielo.

Cien condenados son; soldados treinta.

Un día, cuando el alba con sus rayos
 tibios, de rosa y oro, desceña
 surgiendo hermosa sus flotantes velos,
 cuando calla el león, y las estrellas
 palideciendo van; en los instantes
 en que el duro trabajo da principio,
 surgiendo entre las rocas puntiagudas
 de los barrancos próximos—fantasmas
 con blancos albornos, agitando

sus espingardas con furor horrible—
 los bravos bedúinos del desierto
 por todas partes se mostraron.

Eran
 dos tribus largo tiempo sometidas,
 que rompiendo su yugo, se lanzaban
 ansiando luchas; golpes y victorias.
 Cual negra nube en la que el rayo viene,
 por el desierto, rápidas, cruzaron
 entre las olas de su ardiente arena.

Ante aquel fuerte, inesperado ataque,
 el comandante del reducto, bravo
 pero prudente, y á las guerras hecho,
 palideció. ¿Qué hacer? Su escasa tropa
 apenas el empuje contendría
 de aquel golpe feroz, y los forzados
 huirían, de seguro, los primeros.

En este instante de sus largas filas
 uno salió, después que con los suyos
 habló de prisa y vigorosamente.
 Era un mozo gallardo, que llevaba
 impresas en su rostro las señales
 de largas horas de tenaz miseria
 y en cuyos negros ojos aun lucía
 el resplandor vivísimo y siniestro
 del fuego de las grandes barricadas.

Avanzar venid
y topi. oximóse al viejo comandante
y gritó con acento decidido :

«Vengo á decirle que nosotros somos
cien condenados, sí, pero cien hombres,
y todos muy valientes, y sabemos
que hay guardados fusiles, que son muchos,
más que nosotros. Dádnoslos. El día
nuestro será. Cuando concluya todo,
los fusiles irán á vuestras manos.
¡Mi palabra de honor, mi comandante!»

El pobre veterano, conmovido,
les repartió fusiles, municiones
con prontitud y sin temor..... ¡y á tiempo!
Galopando veloces y clamando
¡Alah!, clamando ¡Alah!, sobre los muros
en torrente frenético venía
la turba de los bravos bedüinos.
De improviso rugieron los cañones,
y al empuje brutal de la metralla
que, al cruzar por los aires agitados
hendió, barrió, partió, retrocedieron.
Salió del fuerte la columna entonces
y se trabó la lucha; fué muy vivo
el fuego, muy constante, muy constante,
pero pronto cesó. Desesperados
los bedüinos, con furor tres veces
se lanzaron, rabiosos, á la carga,

remolinos haciendo con los sables,
y siempre, maldiciendo, se pararon
al dar con las agudas bayonetas.
Muerto por fin su jefe, ya perdidos,
como bandada de veloces cuervos,
castigaron sus potros y escaparon.

En columna cerrada, lentamente
volvieron los forzados al reducto,
y, sin vacilación, fueron las armas
dejando en pabellones, clara muestra
de sus heroicas voluntades dando.
Uno por uno, á todos, conteniendo
sus lágrimas, el viejo comandante
fué estrechando la mano con las suyas;
y les decía sollozando :

«¡ Gracias!

¡ Gracias mil, gracias mil! ¡ Por la bandera!»

